

Un hombre afortunado

A mis padres, por los libros

Has subido al autobús. Aún no te manejas bien con el bastón, y has tenido que apoyarlo a un lado para picar el billete. Una mujer joven te ha cedido su asiento detrás del conductor. Miras el reloj: son las doce de la mañana. A esta hora tus compañeros, si aun puedes llamarlos así, están tomando el almuerzo. Sientes unas punzadas en la pierna, justo donde están los clavos; aun no sabes si significa que el tiempo va a cambiar o que no han encontrado su sitio. El cielo está despejado, no parece que vaya a llover. Tal vez deberías bajarte en la parada anterior y caminar hasta casa, como ha dicho el médico; te vendría bien un poco de sol, después de tres semanas en el hospital.

Has abierto los ojos a las seis de la mañana, sin volver a conciliar el sueño. El dolor en la pierna es más fuerte a esa hora, y ninguna postura es buena. Hoy, por primera vez, no has soñado con una nube de polvo; hoy, por primera vez, no has despertado a tu mujer pidiendo auxilio de madrugada. Te has levantado pensando en algo con lo que ocupar el tiempo; antes salías de casa esta hora, Matías esperaba en la esquina con el coche para ir a la obra. Has pensado que es el momento de devolver las visitas que te hicieron en el hospital, y poco después de las nueve has ido a verlos. Se han acercado todos para ver qué tal estabas, y han vuelto a repetir lo mismo que en el hospital: que has tenido mucha suerte. Nada más llegar has caminado hasta el lugar donde se hundió el edificio; está vallado hasta que decidan si es seguro volver a trabajar allí. Durante unos instantes has observado la masa de cemento y vigas, preguntándote cómo pudieron sacarte de allí. Alguien te contó que fueron tres horas, tres horas sin saber si podrías salir o si tu pierna volvería a ser una pierna. Tres horas con los ojos llenos de arena, con la garganta destrozada de tanto gritar. Tres horas en la oscuridad, repasando tu vida para ver si te habías dejado algo por hacer. Tres horas murmurando en voz baja las oraciones que llevabas años sin pronunciar; tres horas dudando que estuvieras vivo.

Matías te ha dado una palmada en la espalda y ha insistido en que tienes mucha suerte. No dices nada, pero piensas que los días se hacen demasiado largos. A las diez de la mañana ya has leído el periódico. Te gusta caminar, pero apenas puedes recorrer dos manzanas. Tu hija dice que vayas a la biblioteca, que puedes leer todas las revistas que quieras.

El otro día estuviste allí, pero después de dos horas sentado la pierna se entumece, a veces necesitas pedir ayuda a alguien para incorporarte. Aún quedan muchas horas. Los compañeros te han invitado a tomar una cerveza, has pedido una sin alcohol porque estás tomando medicamentos. Han dicho que es una suerte, como si te hubieras jubilado a los cuarenta y dos años: podrás hacer todo lo que te gusta. Imaginas los viajes a partir de ahora; por el momento debes olvidarte de conducir hasta ver cómo evoluciona la pierna.

“El hueso no se ha roto”, dijo el médico, “se ha deshecho en pequeñas astillas. Mi equipo ha hecho una buena labor, pero es pronto para ver los resultados”. Por las noches tocas la cicatriz, recuerdas cómo eras antes de que estuviera allí. A pesar de todo lo echas de menos, te gustaba la hora del almuerzo y comer un bocadillo junto a la hoguera para arañar media hora de mus. Han llamado de los sindicatos para asegurar que denunciarán a la empresa. El gerente se acercó a verte al hospital, venía con su secretaria. Te dio dos palmadas en el brazo y dijo que todos sentían lo sucedido. Pensaste ser irónico y decirle que no se preocupara, que puedes hacer todo lo que quieras, salvo conducir, subir al monte, caminar más de media hora seguida.

Coges el autobús de regreso, y mientras ocupas el lugar que te ceden detrás del conductor, piensas si todo esto es real. Pasas la mano por la cicatriz en un gesto que se está volviendo mecánico y repetitivo para sentir que es verdad, que esta es tu vida y que no estás viviendo una pesadilla. A veces incluso dudas si saliste de aquella zanja, si de verdad has sobrevivido o estás muerto y todo esto es una jugarreta de tu espíritu; tal vez estás en coma, en el hospital, y tu mente se imagina que tienes mucha suerte.

Lidia Luna Rodríguez

Relato publicado en Cartílagos de Tiburón, el libro de relatos del
Taller de Escritura de Madrid (2005)

http://www.tallerdeescritura.com/librostaller/lib2004/Lb05_000.htm